PARQUES NACIONALES DE ESPAÑA

Carlos de Hita

(((Paisajes sonoros)))



ANAYA TOURING

Carlos de Hita

PARQUES NACIONALES DE ESPAÑA

Paisajes sonoros

ANAYA
TOURING



La batalla por la conservación debe continuar sin fin. Es parte de la guerra universal entre lo correcto y lo equivocado.

John Muir

Debemos tener a nuestra disposición estas zonas salvajes, aunque lo único que hagamos sea conducir hasta sus límites para contemplarlos desde lejos. Esto nos recordará que es posible ser criaturas cuerdas, que podemos convertirnos en una parte de la geografía de la esperanza.

Wallace Stegner

A mi amigo José Ramón González Pan, cuya inagotable agenda de contactos fue la llave que me abrió la puerta de acceso a los parques nacionales.

Y a Virginia, con quien comparto territorio de campeo en la frontera del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama.

ÍNDICE



Grabar para contarlo – 08
A la manera de un cuaderno de campo – 10
***Suite* de los parques** – 12
Malos tiempos por venir – 16

01 **ILLAS ATLÁNTICAS DE GALICIA** – 20
Un vivero sumergido

02 **PICOS DE EUROPA** – 32
El primer nudo de la red

03 **ORDESA Y MONTE PERDIDO** – 46
El eco en la montaña

04 **AIGÜESTORTES I ESTANY DE SANT MAURICI** – 58
El agua y la piedra

05 **SIERRA DE GUADARRAMA** – 72
La sierra manantial

06 **MONFRAGÜE** – 88
Quebrado y áspero

07 **CABAÑEROS** – 102
El buitre negro y la berrea

08 **LAS TABLAS DE DAIMIEL** – 114
Mesopotamia en La Mancha

09 **ARXIPÈLAG DE CABRERA** – 126
Refugio para las aves de las tormentas

10 **SIERRA NEVADA** – 138
Hielos y soles

11 **DOÑANA** – 148
Retrato de una tierra salvaje

12 **SIERRA DE LAS NIEVES** – 168
A todos los vientos

13 **TIMANFAYA** – 178
La voz de la geología

14 **CALDERA DE TABURIENTE** – 192
Aguas abajo

15 **TEIDE** – 204
El oído en la piedra

16 **GARAJONAY** – 218
El aire es agua

Las palabras del paisaje – 230
Fundido a blanco – 232
Agradecimientos y referencias – 234



GRABAR PARA CONTARLO

**Pero en cada paseo en la naturaleza
uno recibe mucho más de lo que busca.**

John Muir

Todavía faltaban varios espacios por integrarse en la red. Alguno, incluso, habría de cambiar de nombre un tiempo después. En el año 1992 empecé a grabar los paisajes sonoros de los parques nacionales. El primero fue el de la Montaña de Covadonga, en Asturias, cuando sus límites todavía no se habían extendido por los demás macizos de los Picos de Europa. Y continué por Ordesa, Añisclo y el Monte Perdido. Urogallos en los hayedos cantábricos, tormentas en las montañas pirenaicas. Con aquellas grabaciones comenzó la publicación de una colección de discos compactos titulada, simplemente, *El sonido de los parques nacionales.* Trabajaba entonces en el Centro Nacional de Educación Ambiental, CENEAM, en el valle de Valsaín, en la cara norte de lo que llegaría a ser el Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama. Nunca he vuelto a recibir un encargo mejor: crear una fonoteca con los sonidos de la naturaleza en España.

Y a aquellos discos pioneros, a aquellos primeros registros, siguieron todos los demás. Con una locución añadida a cargo de Iñaki Gabilondo. Navegué por las noches del Mediterráneo tras los gritos de las aves marinas. Pisé la nieve helada en las cumbres pirenaicas tras el lagópodo nival. Dormí bajo las llamadas de los búhos reales en los riscos del valle del Tajo; o entre los pisoteos de los ciervos encelados en dehesas y sierras. Deambulé libremente, día y noche, por las marismas del Guadalquivir; en invierno, cuando en la inmensidad de la planicie encharcada no cabía ni un grito más, o en verano, cuando a través de la atmósfera tórrida se escuchaban los sonidos de los secanos. En Canarias grabé el silencio de los volcanes apagados, las voces de las aves en los bosques envueltos en nieblas. Y recorrí a pie los campos resecos que no mucho antes había navegado en barca de fondo plano, por las lagunas de la Mancha Húmeda.

En aquellos discos, pero también en las descripciones y grabaciones de este libro, he evitado el ruido, la mancha que, cada vez más asiduamente, ensucia el fondo de los paisajes sonoros. Por desgracia, lo he registrado muchas veces, con más frecuencia e intensidad que muchos de los sonidos naturales, pero he preferido hacerlo callar, enmudecido en los rincones más perdidos de mi biblioteca sonora. Los parques nacionales nacen para la conservación de la belleza. Ese es el mensaje más convincente para establecer vínculos con los espacios naturales. Y el concierto de la naturaleza es una expresión de esa belleza.

Para mí, por tanto, este libro es el cierre de un círculo. Quería completar aquel recorrido por lo mejor de nuestra naturaleza, ampliarlo y ponerlo al día con las mejoras técnicas de los últimos años en las grabaciones y el montaje. Sé que todo esto ha sido un privilegio. Por haberlo vivido, pero también porque es muy difícil que alguien pueda volver a vivirlo. Las dos crisis que asolan el planeta, la climática y la de los ecosistemas, se están llevando demasiadas cosas. Así que estos son mis recuerdos. Un resumen de las mejores experiencias de mi vida en el campo, de algunas de las historias que la naturaleza me ha contado a través de sus propias voces.

Estos son, pues, mis parques nacionales.

A LA MANERA DE UN CUADERNO DE CAMPO

Hace años el Parc National des Pyrénées, vecino en las cumbres de Ordesa y Monte Perdido, editó una serie de publicaciones escritas, y nunca mejor dicho, con los pies bien puestos sobre el terreno. *Les carnets de terrain,* elaborados por los guardas y guías del parque a partir de las observaciones y experiencias consignadas en sus cuadernos de campo. Sarrios, osos pardos, marmotas, lagópodos nivales, águilas reales y los buitres y quebrantahuesos, buena parte del elenco del parque, son descritos con información de primera mano, con la inmediatez del detalle anotado en el momento. Y detrás de los animales protagonistas aparecen los paisajes, las adaptaciones a su territorio, la historia de estos lugares, los usos del pasado… Incluso algunas referencias a los sonidos de la montaña y lo que por allí se escucha. En suma, toda la sabiduría acumulada por las personas que mejor conocen el territorio, capaces de transmitir la emoción de quien ha visto las cosas desde la primera fila.

Este ha sido mi modelo para enfocar esta obra, ampliada desde la línea de cumbres por la que Ordesa entra en contacto con los límites del *terrain* francés a la red española de parques nacionales completa. Con muchos menos conocimientos que estos *montagnards* y, desde luego, mucha menos fuerza en las piernas y aire en los pulmones. Pero con la misma actitud atenta e idénticas ganas de transmitir no solo información, sino emociones y sentimientos. Una descripción de las cosas —la geografía, la toponimia, la vegetación y sus habitantes— a través de la percepción de alguien que practica la escucha atenta. Casi siempre con un micrófono en la mano, con los pies en la tierra y toda mi capacidad de atención abierta de par en par.



SUITE DE LOS PARQUES

Volcanes, humedales, mares, sierras, bosques y montañas

bit.ly/3RdQpWk

Se admira lo que se ve, pero se siente lo que se oye [...]. Los sonidos que exhalan los lugares sublimes darán una impresión más profunda y más duradera que sus formas.

Étienne Pivert de Senancur

Ningún espacio natural cabe en una definición simple. Los paisajes son mosaicos. En general, y salvo excepciones, en la base de las altas cordilleras se abren valles en los que arraigan los bosques. Los archipiélagos marinos contienen montes y lagunas interiores. Alrededor de las sierras y serranías se extienden las dehesas. Los humedales lindan con matas de monte. Y desde el mismo momento en que cesa la actividad, en las tierras inertes de los volcanes comienza la recolonización vegetal, el regreso de las arboledas arrasadas.

Así que no es fácil agrupar los dieciséis espacios de la red por tipos de paisaje. El orden geográfico convencional, de norte a sur, de oeste a este, como leemos en los mapas, es el que siguen los capítulos de este libro. Pero para este prólogo, algo así como una *suite* sonora, he prescindido del orden geográfico, o de los diferentes episodios del calendario sonoro anual. Me he tomado la libertad de agruparlos según algunos aspectos parciales, sin otro criterio que el gusto por encadenar unos acontecimientos sonoros con otros. Como resultado, en este recorrido «de oídas» tenemos dos archipiélagos, en el Atlántico y en el Mediterráneo; dos humedales, aunque uno de ellos también cuenta con treinta kilómetros de costa marina y otros tantos de ribera fluvial; dos serranías y dos parques de alta montaña, con las cimas más altas de la península; tres volcanes en otras tantas islas, aunque uno de ellos está cubierto de bosques de pino canario y, por tanto, podría sumarse al grupo de cinco espacios forestales. Este último es el más extenso, pero también el más indefinido, ya que todos esos bosques podrían haber sido incluidos en cualquiera de las divisiones anteriores.

Agua, fuego, tierra y aire. La materia sonora de esta *suite* de la naturaleza proviene de la interacción de los cuatro elementos clásicos. Suenan las aguas de dos mares, de cien ríos alimentados por lluvias y nieblas. El fuego del rayo en las cumbres y el de los rescoldos de erupciones volcánicas cercanas, en el espacio y en el tiempo. Suena la tierra en el eco que devuelve la roca. Y el aire, que, convertido en viento, transporta todos los demás sonidos.

Dieciséis lugares, otros tantos momentos a la escucha. Una síntesis con lo mejor del concierto sonoro de la naturaleza.

DOS ARCHIPIÉLAGOS

Marea baja en las playas de las Illas Atlánticas. Lejos, en el fango, silban las aves limícolas. Más cerca, arriba, alrededor, por todas partes, discuten las gaviotas patiamarillas. Lanzan sus llamadas largas, las letanías que lo mismo les sirven para discutir por unos límites espaciales, unos restos de comida, que para culminar la ceremonia de cortejo.

Un batir similar de olas lleva a los islotes rocosos de Cabrera. En la oscuridad de una noche de mar tranquilo, sombras furtivas de dos especies de pardelas, las baleares y las cenicientas mediterráneas, llegan desde el mar y se pierden en la oscuridad de la tierra, donde esconden sus madrigueras.

DOS HUMEDALES

Noche de primavera en las Tablas. El agua de la laguna fluvial también está quieta, y en ella se reflejan la luz de la luna, así como las voces de las aves acuáticas que corretean y chapotean sobre este espejo acústico. Gruñen los anfibios, algunos bajo el agua; pitan las fochas; reclama, lejos, una voz extraña, inesperada: en los cañaverales se esconde la esquiva polluela bastarda.

En el otro extremo del año, en la alta noche de enero, la marisma de Doñana es una inmensa planicie encharcada. En la oscuridad son las voces de las aves las encargadas de dibujar la línea del horizonte. Ánsares, patos de todas las especies, gruñidos de calamones, gritos de garzas... Hasta que un clamor de aleteos y chapoteos remueve el agua y decenas, centenares de ánsares comunes levantan el vuelo y llenan con sus gritos la inmensidad de las marismas.

Garceta grande en Doñana.



DOS SERRANÍAS

Noche serena de primavera en una de las dehesas que envuelven las sierras de Monfragüe. Cerca de una charca —el agua siempre se deja oír en el paisaje sonoro—, en la hora del cambio de guardia, cuando el último cuco del día da paso al primer mochuelo de la noche. De uno en uno, estridulan los primeros grillos; despacio y destemplados al principio; pero a medida que calientan los élitros, la noche se llena con el sonido más dulce. Siguen las voces rotas de los anfibios, el matraqueo sincopado de los chotacabras cuellirrojos, los silbidos de los alcaravanes. Pero todo esto no era más que el preámbulo para la entrada en escena de la canción del ruiseñor común, ave de la noche.

Todo lo que la atmósfera sonora de la dehesa tiene de sutil se convierte en contundencia en las noches de berrea de Cabañeros, en la larga raya de contacto entre el monte y la llanura. Septiembre, época del celo de los ciervos, de discusiones a voces, de testarazos. En el fragor de la batalla, un cárabo pasajero ulula en el monte.

DOS ALTAS MONTAÑAS

Retumba un trueno y el sonido inunda toda la inmensidad de los altos valles, anfiteatros de roca de Ordesa. Pero entre un estampido y el siguiente, antes del chaparrón o con sus últimas gotas, a las marmotas les da tiempo a secar el pelaje y lanzar sus chillidos al valle; a las chovas piquirrojas, a volver a subir a lo alto de las peñas; a los saltamontes, a templar sus élitros, a dar cuerda a su reloj y proclamar que, pese a la tormenta, el verano sigue en las praderas alpinas.

El otoño se acerca a su fin en los valles pétreos de Sierra Nevada cuando los machos de cabra montesa dirimen sus diferencias de jerarquía a testarazos. Y entre chasquidos y resoplidos, los integrantes del resto del rebaño, cinco o seis hembras y varios chivos, comen, triscan y corretean por las rocas.

TRES VOLCANES

Timanfaya es el lugar donde más evidente es la actuación de los cuatro elementos. El fuego de los volcanes se apagó hace pocos siglos, pero sus efectos son bien visibles en la tierra. Y ya que la mejor manera de entender un volcán apagado es contemplar otro encendido, en este caso se han hecho dos excepciones. El relato es también visual, ya que el sonido, por sí solo, no sirve para entender el fenómeno; y las imágenes actuales de Timanfaya están combinadas con otras equivalentes del volcán Tajogaite, de La Palma. Lo que fue y lo que será.

Las cañadas que rodean el Teide, en cambio, son un escenario vacío. El viento, encerrado en el anillo de roca, transporta las pocas voces que se pueden oír por aquí: el parloteo de los canarios, los graznidos de algún cuervo, el reclamo repetitivo del mosquitero canario, la llamada metálica, doble, elástica, de un alcaudón real. Poca cosa para un escenario gigantesco.

Todo está encerrado en el interior de la Caldera de Taburiente. Los bosques de pino canario trepan por las laderas, el agua corre bajo cubierta por las galerías de piedra. Alrededor del agua cantan los omnipresentes mosquiteros canarios, alguna lavandera cascadeña en su cascada. Los herrerillos de La Palma, endémicos, se hacen notar con una voz característica. El único sonido libre viene de las altas crestas, por encima de los niveles del gran hoyo, donde chillan dos «grajas», que tal es el nombre isleño para referirse a las chovas piquirrojas.

CINCO BOSQUES

Los bosques de pinos canarios de La Palma podrían estar en este apartado, junto con los silvestres del Guadarrama. Aquí, en una mañana de finales del invierno, luce el sol arriba, pero nieva por segunda vez bajo las copas. La nieve acumulada en las ramas se funde y se desploma en pequeñas avalanchas,





Mochuelo boreal y corneja.

unas veces con el susurro casi inaudible de una cortina de cristales de hielo, y otras, con el retumbo de un tambor contra el suelo. La fugaz vuelta del invierno sorprendió a la comunidad del bosque en pleno arranque de la primavera. Tamborilean los picapinos, llaman los carboneros garrapinos, los herrerillos capuchinos, zurean las torcaces. En los pinares siempre graznan las cornejas.

Un taponazo, seguido de un cacareo. El sonido de una celebración. Los urogallos cantan su extraña composición antes del amanecer, en un cantadero en lo más profundo de los bosques de pino negro del Pallars, por la zona del Estany de Sant Maurici. La llamada pulsante de un mochuelo boreal indica que estamos en un bosque frío de la montaña pirenaica.

Escurre un arroyo y tintinean los cencerros de las vacas: ese es el fondo sonoro de los bosques cantábricos, de los Picos de Europa, contra el que mantienen sus conversaciones los cárabos. Los ladridos de un corzo que escapa a la carrera subrayan aún más el silencio de la noche. Y lejos, de manera fugaz, un lobo lanza un aullido corto, que apenas provoca la respuesta de otros miembros de la manada. Es muy triste, pero en tierra de lobos aullar es delatarse.

Calor en el bosque, mediado el verano, mucho después de que se fundiera el manto blanco de las cumbres de la sierra de las Nieves. Por el pinsapar se oyen la sierra de las cigarras, los chirridos resecos de los insectos que rellenan todo el espacio entre los árboles. Y, en sintonía con el lugar, la temperatura y la hora, las aves del bosque cantan con voces ásperas: reclamos acelerados de las currucas cabecinegras, el rasponazo de algún verderón. Solo el parloteo de un bandito de jilgueros aporta algo de liquidez a esta atmósfera tórrida.

En el extremo opuesto, en fin, en una isla atlántica que crece sobre antiguos volcanes, empapada por el viento que trae la niebla del mar, se apaga la última luz del día. En las laurisilvas de Garajonay calla el concierto de los mirlos. Y por los claros del bosque, al ras de las copas de los viñátigos, los tiles y las fayas, sobrevuela una becada, un ave tan ligada a la profundidad del bosque que solo asoma a los claros cuando se siente protegida por la oscuridad de la noche.

MALOS TIEMPOS POR VENIR

La declaración de un territorio como parque nacional no es un punto de llegada. Nada está, al fin, resuelto; los problemas que llevaron a su constitución continúan presionando, las amenazas no desaparecen. La crisis climática no respeta ni límites ni prestigios. Todos los parques nacionales arrastran una serie de problemas, algunos tan graves que condicionan su futuro.

Así, por ejemplo, el síndrome que está acabando con las gaviotas patiamarillas y sombrías de las Illas Atlánticas es grave, pero no más que la historia del declive de las aves marinas en las costas de Galicia, que asistieron en pocos años a la pérdida de las colonias de araos, gaviotas tridáctilas y la disminución de los cormoranes moñudos y otras aves del mar. En ese contexto, las mareas negras, el chapapote del Prestige, retrasan durante años cualquier posible regeneración de los fondos marinos.

En los bosques de los Picos de Europa hace ya tiempo que enmudecieron los urogallos, símbolo, como pocos, de lo agreste. Los osos apenas asoman por las praderías, los lobos siguen siendo los proscritos en un territorio que les pertenece desde siempre.

Los parques nacionales de montaña, todas las cordilleras, en general, comparten un mismo diagnóstico. En Ordesa y Aigüestortes los glaciares y neveros se están fundiendo. Las nevadas son imprevisibles; las lluvias, más escasas. Las heladas nocturnas ya no son tan severas. Los animales y plantas adaptados al frío de las cumbres buscan el frescor cada año un poco más arriba; pronto ya no tendrán cimas más altas a las que ascender.

Algo similar sucede en los pinares silvestres del Guadarrama, que se encuentran cerca del límite sur de su área de expansión. Los bosques se secan por las laderas más bajas, el verde oscuro de los pinos se aclara y grandes matas de arbolado viran hacia el marrón. Y frente a uno de los principales motivos que condujeron a la declaración del parque, la presión de la gran urbe, la sierra está perdiendo la batalla.

Sierra Nevada comparte el problema de la nieve menguante con una gran estación de esquí. Pero esta, al menos, tiene la opción de fabricarla a partir del agua desviada, en gran parte, de la laguna que alimenta a algunos de los áridos barrancos que escurren hacia los valles.

Los bosques de pinsapos de la Sierra de las Nieves son tan pequeños que están solo a unos pocos incendios de la desaparición.

Los dos espacios dedicados a la protección del monte mediterráneo, Cabañeros y Monfragüe, también comparten diagnóstico. En primer lugar, la persistente escasez de conejos, soporte de casi todos los carnívoros que merodean por estos montes, incluidos los linces. Por otra parte, la aridez creciente se manifiesta aquí con el descriptivo nombre de «la seca», una serie de factores —sequías recurrentes, estrés hídrico, suelos endurecidos por sobrecarga y pisoteo de las pezuñas de una población desmesurada de ciervos, insectos barrenadores que se convierten en plagas...— que, sumados unos con otros, provocan el debilitamiento y el agostamiento de los árboles, la desaparición de la dehesa y la matorralización de los bosques.

En cuestión de crisis de supervivencia, las Tablas de Daimiel forman una categoría por sí mismas. Fueron declaradas parque nacional para salvar un humedal que, en realidad, nunca ha tenido ninguna opción de salvarse. El agotamiento del acuífero que las encharcaba, sobre el que manaba el Guadiana, ha resuelto un viejo dilema. Había que elegir entre el agua para los patos y el pan de las familias, proclamaba una vieja campaña a favor de los regadíos. El descenso del nivel freático hasta límites posiblemente irrecuperables ha creado la figura de los «acuatenientes», propietarios con capital y medios para pinchar más hondo en los sondeos, arruinando a los agricultores más modestos alrededor de pozos ya secos. El viejo dilema está resuelto: sin agua para los patos, tampoco la habrá para regar los cultivos.

El mismo concepto de «tablasdedaimielización» se aplica también a Doñana. Aquí, bajo los focos de los medios de comunicación de todo el mundo, se está representando el gran drama de los espacios naturales. En Doñana inciden las dos grandes crisis que castigan a la naturaleza: la del clima, los cambios hacia la escasez y la irregularidad del régimen de lluvias, y la de los ecosistemas, que se basa, como antes en Las Tablas, en la sobreexplotación de las aguas subterráneas. De los grandes acuíferos sobre los que se asientan las marismas del Guadalquivir ya no manan las fuentes que alimentaban las lagunas permanentes en tiempos de sequía. Las pocas aguas que llegan lo hacen, además, contaminadas por los residuos químicos de la agricultura intensiva del arroz y los frutos rojos.

El archipiélago de Cabrera justifica su declaración cada vez que alguien lanza un ancla sobre una pradera de posidonias. Una de las misiones fundamentales del parque es contener los destrozos en los fondos marinos de uno de los mares con más embarcaciones de recreo por metro cuadrado del mundo.

Los cuatro parques de Canarias tienen también un problema común: la masificación de las visitas. Puede que las lavas de Timanfaya y el Teide sean inmunes al impacto. Al fin y al cabo, el término «malpaís» parece garantía suficiente para cerrar el paso a la mayoría. Aunque empiezan a menudear ejemplos de un turismo exhibicionista, de red social y foto exótica en paisajes singulares, que no respeta la armonía de las lavas. Las laderas vertiginosas de la Caldera de Taburiente también se defienden por sí mismas, aunque la capacidad de los pinos canarios de beber el agua de las nieblas no alcance a compensar la disminución de las lluvias oceánicas. Pero en Garajonay el bosque de niebla acusa de manera contundente los bandazos del clima y la sequedad creciente. El monteverde canario, siempre húmedo, está cada año un poco más seco.

Y por todas partes, el ruido. También habría que hablar de lo que no se escucha en esta colección de relatos. El silencio es lo primero que se pierde en una crisis ambiental. El ruido llega antes que la causa que lo produce, es el anuncio de que las cosas van a empeorar. En esta obra no está el zumbido lejano de las bombas de agua que están secando los mejores humedales. No se escucha el tráfago de los atascos de tráfico, de los autobuses, de las embarcaciones que se acercan más de la cuenta a las costas. O el ruido mecánico, cíclico, de los remontes de las estaciones de esquí, envuelto en músicas ambientales que contaminan el silencio de las montañas. Ni las carreras multitudinarias, los raids, las pruebas ciclistas transmitidas en directo por enjambres de helicópteros. O los disparos de monterías demasiado cercanas en terrenos protegidos, pero de siempre dedicados a la caza mayor. Por no hablar de algunas concurridas romerías. Tampoco de la omnipresente huella sonora de los aviones, audible mucho antes de que lleguen y mucho después de su paso por la vertical.

Toda esta relación de ruidos y problemas no debe resultar, ni mucho menos, en el pesimismo y el abandono. Mucho se ha perdido, mucho queda aún por preservar. Poco se puede hacer contra los imponderables del clima, el deshielo y las sequías. Pero desde su posición de privilegio, los parques nacionales no deben encerrarse en sus fronteras. Que, ya se ha visto, tampoco son del todo seguras. Deben servir de campo de pruebas para desarrollar modelos de gestión que preparen a todos los ecosistemas naturales para aclimatarse a los malos tiempos por venir.



PARQUES NACIONALES DE ESPAÑA





bit.ly/41SUCnx

Un vivero sumergido

ILLAS ATLÁNTICAS DE GALICIA

Cuatro archipiélagos bien distintos entre sí emergen del mar en las bocanas y el interior de las Rías Baixas. Sus laderas y acantilados albergan grandes y ruidosas colonias de aves marinas, y sirven de estación de paso en la ruta migratoria de otras muchas. Pero, con ser importante, no es ese su valor principal. Bajo la superficie, en los fondos arenosos o los arrecifes sumergidos, se encuentran los auténticos viveros que mantienen la pujanza de la vida marina. En estas aguas, templadas por la corriente del Golfo, cargadas de nutrientes por las corrientes frías, viven o desarrollan las primeras fases de su vida innumerables especies de peces, pero también pulpos, vieiras, navajas, nécoras, langostas y lubrigantes, mejillones, percebes y, en general, todo aquello que hace única la gastronomía gallega. El parque nacional, en apariencia una simple frontera trazada en el mar, extiende su protección mucho más allá y abraza a toda la diversidad de la fauna costera de Galicia.



El Parque Nacional Marítimo-Terrestre das Illas Atlánticas de Galicia presenta una peculiaridad única en todos los espacios de la red. Los cuatro archipiélagos que lo componen —Cíes, en la ría de Vigo, Ons, en la de Pontevedra, y Sálvora y Cortegada, en la de Arousa— están separados entre sí por amplias extensiones marinas. La continuidad espacial es la norma común, pero aquí el mar, que une más que separa, impone sus normas. El parque se extiende por una superficie fragmentada de 8.480 hectáreas, de las cuales el 85% la ocupan las aguas. O, mejor dicho, sus fondos marinos.

LOS CUATRO ARCHIPIÉLAGOS

Por muy poco, Cortegada es una isla. Por ciento ochenta y nueve metros, exactamente, la distancia que la separa del «continente». Por muy poco, también, está en el mar, ya que se encuentra anclada en la misma desembocadura del río Ulla. Con las mareas más bajas casi se puede llegar a pie chapoteando entre almejas y berberechos enterrados en el fango, por el canal de arena llamado *dos Viveiros*. El canal está jalonado por hileras de postes clavados en el fondo, y junto a uno de ellos hemos fondeado, a bordo de un pequeño velero de siete metros de eslora. La isla parece poca cosa, tan plana que el principal relieve son las copas del espeso pinar de rodenos, que esconde restos de un robledal y una masa importante de bosque de laurel. La última laurisilva gallega.

Cortegada es la mayor de un pequeño archipiélago, formado por las tres Malveiras y algún islote más. El más pequeño, con mucho, de los cuatro que conforman el parque nacional.

Navegamos por la ría de Arousa entre rocas y almadías mejilloneras, estructuras flotantes de postes de los que cuelgan las ristras de mejillones, en las que faenan multitud de embarcaciones y donde sestean gaviotas y cormoranes, que ni se inmutan al paso de nuestra nave. La productividad de las Rías Baixas es proverbial, y a ello no le es ajena la existencia de estos archipiélagos, de sus zonas intermareales y de sus fondos, los viveros donde nacen y maduran los gérmenes del cultivo de mariscos. Para eso sirve, también, un parque nacional.

En la bocana de la ría dejamos por estribor la isla de Sálvora. Su perfil empieza ya a levantarse sobre el mar. Bolos de granito redondeados, líneas poco afiladas. Alrededor, las masas gritonas de gaviotas envuelven a los barcos mientras levantan, escorados por el peso, las redes de cerco cargadas de peces. La isla tiene la suficiente elevación para contar con oteaderos en lo alto —su Castelo dos Mouros, de nombre incierto, y un faro discreto— que señalen la entrada de la ría. Más pelada y rocosa que Cortegada, soporta una pequeña población de caballos cimarrones, los ponis de los confines gallegos.

De ría a ría, navegando hacia el sur, el mar se abre y las siguientes islas se levantan. En lontananza se dibuja la forma alomada de la *illa* de Ons, que cierra la boca de la ría de Pontevedra. El perfil que mira al interior es suave, pero hacia el mar de afuera, ya caen algunos acantilados, y en ellos se abren las estrechas oquedades, las furnas, chimeneas de roca en las que el océano resuena por medio del aire que empuja hacia arriba. Y al dejar atrás la pequeña *illa* de Onza, avistamos a lo lejos, en perspectiva aérea, los perfiles acuchillados de las tres Cíes, superpuestas como una única cresta de dragón. El mismo patrón se repite: las laderas que descienden suavemente hacia la ría, el mar interior, con ensenadas que albergan largas playas, y los acantilados que caen a cuchillo hacia el mar exterior.

Atracamos el velero en el puerto de Vigo y volvemos a las islas en una embarcación con el impetuoso nombre de «Cavalo de Cíes».

Fue aquí, en las Cíes, una noche junto al fuego, donde el escritor gallego Álvaro Cunqueiro reflexionó sobre el tamaño adecuado para que el navegante, náufrago temporal en un mundo que le es ajeno, sienta que se encuentra en una isla:

> Las islas tienen el tamaño de una jornada de camino o de arada, y están siempre patentes sus límites al ojo humano, que les mide tanto su extensión cuanto su áspera condición de roca insumisa, fatigada del mar. Un poco menos y ya serían inhóspitos peñascos, solo fáciles a la gaviota y el cormorán. Pero tienen el tamaño que permite decir la palabra tierra, y ya en ellas, descubiertos los breves sembrados de patatas en la arenisca, los cañaverales en la estrecha vaguada, la fuente sabrosa y escondida, y en la zarza la gracia alada de un pajarillo, más se extrema la condición terrenal de las islas, de un naufragio antiguo rescatadas para que el hombre pudiese, en la noche, encender el fuego en el lar.

LA PARED DEL ACANTILADO

Tienen el tamaño que permite decir la palabra «tierra», según Cunqueiro. Pero esta tierra empieza muy arriba, en la zona de contacto entre las nubes y la roca.

El tiempo suena. El tiempo meteorológico. Silba en las crestas afiladas de la roca, se enreda en las enramadas de los tojos y silba, también, en las agujas en que se han convertido sus hojas. Por encima de todo este ruido, por encima del acantilado, se escuchan los gritos largos, chillones, de uno de los halcones peregrinos que cazan en las rocas exteriores, donde buscan refugio los pajarillos que llegan costeando por el mar, exhaustos y presa fácil para las aves de presa. Los baharíes de los cetreros árabes, los halcones que instalan sus nidos asomados al mar.

Por el mar, a diferentes distancias, pasan los bandos de aves marinas que siguen la ruta migratoria del Atlántico oriental. A esta latitud la mayor parte de ellas se adentran en el océano, invisibles desde nuestro oteadero. Pero sí que hay un trasiego continuo de aves costeras. Las aves de cabotaje, podríamos decir. Gaviotas patiamarillas y sombrías van de aquí para allá; los cormoranes moñudos vuelan de una punta a otra, se posan en rocas en el límite al que alcanzan las salpicaduras de las olas, erguidos sobre unas patas palmeadas, como chanclos, y con su copete adornando la cabeza. Aves primitivas entre las marinas, sus plumas solo están impermeabilizadas en la base, por lo que al salir del agua pasan largas horas con las alas desplegadas, en cruz, para secar el plumaje. En su momento, en primavera, instalarán los nidos en repisas de acceso imposible y unos ásperos gruñidos se oirán por la roca cuando los pollos soliciten alimento.

Pero el verdadero concierto del acantilado empieza más abajo. En las rompientes de la franja intermareal.

Gaviotas patiamarillas asomadas a los acantilados.

